

## Memoria histórica



RUBÉN CASTILLO GALLEGO

En un libro de Derecho Romano que comencé a leer hace más de dos décadas (como se puede observar, mis aficiones son harto variopintas) me encontré con esta maravillosa definición de Justicia, que procede de Ulpiano: «Constans et perpetua voluntas ius suum cuique tribuendi». La voluntad constante y perpetua de dar a cada uno su derecho. Se me quedó grabada por su perfección y, en especial, por la nitidez de ese sintagma último: su derecho. ¿Se podrá nombrar una evidencia más cristalina con palabras menos rimbombantes? Ahora, al coger para su análisis este volumen de estudios que han configurado los profesores Juan Sisinio Pérez y Eduardo Manzano y que edita el sello Los Libros de la Catarata, he vuelto a traer a la memoria aquella frase de mármol y de oro, porque me da la impresión de que en su sencillez pudiera alojarse una dosis no pequeña de cordura, tal y como últimamente andan de convulsos los tiempos.

Cada vez que en España se pronuncia o se escribe el rótulo «Memoria histórica» se produce un silencio incómodo, o un retumbar de voces airadas, o todo a la vez: unos, porque entienden que se está tratando de resucitar la vorágine homicida de 1936 con afán revanchista; otros, porque juzgan abominable que los descendientes de los masacrados tengan que esgrimir *supplicatorios* a la hora de pedir justicia. Hay quien recuerda que el bando vencedor sí que localizó las fosas de sus particulares caídos, y los honró con atributos de mártires, y los enterró con dignidad y pompa. Hay quien recupera el nombre de Federico García Lorca. Hay quien trae a colación el nombre de Paracuellos. Hay quien pide amnesia. Hay quien exige memoria. Y, en medio de este caos doloroso y legítimo, donde todos tienen su propia experiencia y sus propias razones para vindicar esta o aquella postura, he aquí que Los Libros de la Catarata pone en nuestras manos un volumen sereno, serio, profundo, racional, científico, donde profesionales del mundo de la Historia se reúnen para exponer sus posturas y tratar de depositar luz sobre algunos ángulos oscuros del problema. Juan Sisinio Pérez admite la imposible objetividad absoluta de los historiadores («Quien niegue que está realizando una valoración de un determinado aspecto del pasado es que se niega a sí mismo como persona, pues al estudiar la conducta humana, sea cuando Nabucodonosor en Babilonia o cuando la guerra civil española del siglo XX, siempre emergen criterios éticos», p.28); Eduardo Manzano explica a su vez que entre el olvido y la memoria siempre se establece un equilibrio complejo, y que la tarea del historiador no es sólo enumerar los hechos, sino limpiarlos de impurezas e interpretarlos, para que las acciones del ser humano cobren sentido. Él lo cifra en una fórmula de espíritu paradójico, pero que luego explica: «La historia es todo aquel pasado que no tiene actualidad» (p.92).

Como es lógico en un tema tan actual y tan polémico (recuerden que, en griego, *polémica* significa *guerra*) también aparece aquí una visión periodística del asunto: la aportada por Natalia Junquera, que lleva años trabajando cerca de las excavaciones, junto a los familiares de los desaparecidos, y que recoge palabras tan emocionantes como las que pronunció junto a ella Filiberto Gómez, el hijo de un fusilado cuyos restos estaban pendientes de desenterrar: «Es mi sangre y me duele que esté tirado en cualquier parte. Quiero enterrarle en el pueblo, con mi madre. ¿Quién no entiende eso?»

Manifiesta Rafael Rodrigo, presidente del CSIC, que obras como la que hoy presento tienen como objetivo primordial el de «contribuir a que el ciudadano se forme una opinión más documentada y más racional sobre temas que preocupan a la sociedad» (p.8). Y los dos adjetivos que maneja están bien seleccionados: este tomo se sustenta en datos objetivos, racionales, equilibrados y cautos, pero que se presentan de forma amena para un público no especializado.

Si pertenece usted a ese grupo de personas que mantiene una postura radical e intransigente sobre el tema de la memoria histórica (a favor o en contra, me da lo mismo), le aconsejo que no pierda el tiempo sumergiéndose en los argumentos de este libro: le parecerán insatisfactorios. La Historia no es igual que las historias.



## Viaje al Campo de Moratalla

Pascual  
García  
garcíapascual@hotmail.com

Mi amigo Diego y yo no solo compartimos el origen humilde y la memoria del barrio del Castillo, sino que además siempre nos gustó el monte, y desde muy pequeños llevamos a cabo excursiones a pie por alguno de los parajes más bellos y salvajes de Moratalla con el ánimo de disfrutar del aire libre y de la naturaleza.

Hacia años que no planeábamos un viaje a la sierra, y, al fin, este otoño quedamos, para pasar unas horas por los caminos escarpados y difíciles que atraviesan el monte. Al cabo, elegimos un domingo al azar y acertamos de pleno, porque amaneció una mañana radiante y fresca de noviembre, ideal para internarse entre los pinos y los lentiscos, pisar el terreno áspero de las sendas, detenerse junto a una fuente y refrescarse la cara, mientras nos invadían los efluvios de la tierra húmeda y de la vegetación.

Partimos en dirección a La Puerta, y desde allí subimos repechos y caminos empinados, como cicatrices abiertas en el monte, hacia un cielo azul y frío, mientras íbamos dejando a nuestra derecha el paisaje del río en lo hondo de un cortado que nos era tan familiar como los días de la infancia.

En todo lo alto nos esperaba el cortijo de Los Gorros, pero antes cruzamos La Celda y más tarde, casi nos damos de bruces con el impresionante Barranco del Agua Cernida, junto al que nos solazamos con unas vistas espectaculares. Nos asomamos con precaución al cenajo y vislumbramos el Somogil de Arriba y el Somogil de Abajo, donde en tantas ocasiones habíamos ido a pasar unos días en verano para bañarnos y gozar de la naturaleza y de la compañía de los amigos, siempre a pie desde el pueblo y enfrascados en nuestras conversaciones de adolescentes enardecidos. Enfrente, la Sierra de El Cerezo y La Muela como un inmenso telón de fondo, como si el horizonte de Moratalla estuviese siempre embellecido por un mismo escenario agreste y deslumbrante. Por unos minutos, reparamos en que toda aquella riqueza había sucumbido a las llamas algunos años antes y que aún hoy apenas notábamos una espesa alfombra verde de pequeños pinos y monte bajo, que iba recuperándose a un ritmo demasiado lento.

Continuamos nuestro viaje hasta La Umbría de Los Guerreros y almorzamos en la Casa de La Muerte bajo una encina poderosa. A nuestra derecha, la Casa del Manco y detrás de nosotros, la Sierra de Los Friles. La mañana iba despojándose lentamente de la humedad de la noche y el nuevo día mostraba el escándalo de un sol alto, conciliador y generoso. Si proseguíamos el camino, entre pinos ródenos, aliagas y juncos nos topáramos con El Fresne y más adelante, con La Pegueruela, dos cortijos que conocíamos bien, porque los dos habíamos subido desde Moratalla en infinidad de ocasiones para buscar guisicanos en aquellas umbrías feraces, mientras respirábamos el olor mineral y fecundo de tanta planta aromática, como el romero, la ajedrea o el to-millo.

En La Casa de Cristo hacía frío, pero el paisaje nos reconciliaba con la sierra de nuevo, y nos traía recuerdos de juventud, cuando ascendíamos desde el pueblo en las romerías por la senda que orillaba las arquillas de origen romano hasta el Barranco del Azafrán y pasábamos el día en los aledaños de la ermita y del cortijo, que hoy ya había adquirido la apariencia moderna de hospedería y restaurante; de manera que volvimos a montar en el coche y emprendimos una ruta diferente, bordeando la Sierra del Buitre por detrás hasta dar con Los Barrancos, donde tuvimos acceso a la contemplación de unos robles centenarios y protectores y, más adelante, dimos con la Umbría del Buitre e imaginamos la vida en aquellas soledades decenas de años atrás, los inviernos feroces y nevados, las primaveras y los otoños lluviosos y los veranos calurosos e inclementes. Una existencia austera y humilde, la huerta recoleta regada por el agua de las fuentes, donde plantarían hortalizas y árboles frutales, algunas eras para el cereal en el secano y los pastos para una punta de ovejas o cabras, que nos habíamos ido encontrando por el camino. Una vida despojada de lujos, de abundancia, de caprichos y comodidades. Una existencia dura, dramática en ocasiones. Nos gustaba regodearnos en la recreación de un tiempo ajeno, en la edad del fuego presidiendo la cocina grande del cortijo, alrededor del cual las mujeres realizaban sus labores y los hombres fumaban y discutían en voz alta. Y de allí pasábamos a los episodios sangrientos y crueles de la guerra, al tiempo del hambre, al afán de supervivencia de aquellas gentes y a tantas injusticias y penalidades.

Regresamos a Moratalla y desde la remozada Casa Nueva ya vislumbramos el pueblo, allá abajo, con su hálito de civilización y de esperanza, pero aún nos quedaba el espíritu del campo, el olor de la tierra y del agua, la visión de las encinas y el deslumbrante pino laricio, que mi amigo Diego me mostró en un momento de la mañana como se enseña una reliquia única.

Antes de despedirnos, me regaló una bolsa con guisicanos, deliciosos sin duda, y yo le entregué un ejemplar de mi última novela. Quedamos para otro día.